

Y la curiosidad le hizo permanecer un instante con el oído atento. Pero Gavallo pasó inmediatamente á hablar de los maestros del Brasil, los cuales, además de casa y jardín, tenían un tanto de ganancia por cada alumno que concluye los estudios mediante examen aprobado.



## XXIII

A la noche siguiente la Varetti volvió resignada á su escuela. Hacía dos horas que estaba nevando copiosamente; los alumnos llegaban con los sombreros y las espaldas llenas de nieve, sacudiéndose la ropa y dando con los pies en el suelo estrepitosamente. En medio de la galería el portero detuvo á la maestra á quien pidió permiso para decirle una palabra en confianza.

El maestro Gavallo le había dicho que asistiera á las lecciones para mantener el orden; pero á él se le había ocurrido una cosa, le parecía más *político* estar en el pasillo con el oído atento, y entrar en el momento preciso en que oyera algún ruido, porque de esta manera podía cojer *in fraganti* á los culpables.

Y diciendo esto guiñó un ojo como para dar á entender mejor su picardía.



—¡Otro que tiene miedo!—pensó la Varetta.

La maestra le echó una mirada compasiva, diciéndole que hiciera lo que quisiese, y él disimulando su satisfacción, se plantó con aire majestuoso al lado de la puerta.

Aquella noche faltaban más de una docena de alumnos.

La maestra pidió explicaciones y supo que habían ido con otra mucha gente á pasar la noche á una cuadra, á donde un viejo campesino que volvía de América, espíritu desprecupado y original, había invitado á medio pueblo á oír la historia de sus aventuras.

Era algún alivio para ella; pero, desgraciadamente, de la gente moza no faltaba nadie.

Desde los primeros momentos notó que Muroni estaba más sombrío que de costumbre: algunas palabras debía haber cruzado con los otros antes de entrar.

Notó asimismo en los semblantes de los diez ó quince alumnos más audaces como un pensamiento común, la apariencia de un acuerdo que entre sí hubieran tomado; quién sabe, quizá para sostenerse recíprocamente cuando uno de ellos, al salir de la escuela,

se viera asaltado por *Saltaventanas*, á quien habían decidido provocar.

Y en efecto, apenas la maestra se volvió á la pizarra para escribir, oyó á sus espaldas un estallido de risas y de murmullos más impertinentes que de costumbre; se le oprimió el corazón, adivinando por el ruido particular de aquellas risas, los gestos soeces, los actos inconvenientes, las palabras inmundas que debían correr de banco á banco.

Llegó un momento en que haciéndose más alto el rumor, el portero asomó la cabeza por la rendija de la puerta, diciendo:

—¡Silencio! ¡No es esta manera de estar aquí!

Y desapareció con una rapidez tan cómica que media clase prorrumpió en una carcajada.

A los pocos minutos, y estando aún escribiendo la maestra, cayó á sus pies una flecha de papel, y luego una cáscara de castaña.

Ya no sentía ni siquiera desprecio hacia esta gente; y si sólo una profunda tristeza, y juntamente con esta tristeza una especie de fuerza nueva en el ánimo, que la tenía clavada en el sitio, firme é intrépida, sufrien-



do una mortificación merecida, ó una espia-  
ción voluntaria, como una hermana de la  
caridad al lado del lecho de un enfermo re-  
pugnante. Quería resistir y sufrir, hasta lo  
último, ver hasta qué punto llegarían, y si  
su paciencia de santa les hacía al fin aver-  
gonzarse de su conducta.

De repente oyó sin embargo un ¡oooh!  
fuerte y prolongado de muchas voces, un  
ruido de burlas y de desafío, y volviéndose  
vió á Muroli de pie sobre el banco, con los  
ojos echando llamaradas y los dientes apre-  
tados, y enseñando los puños á la clase. La  
maestra abrió su boca para llamar á gritos  
al portero. En el mismo momento se abrió la  
puerta y entró en la escuela un personaje  
desconocido.

Todo quedó en profundo silencio.

Era el nuevo inspector general de Turin,  
á quien la maestra no había visto jamás. Fre-  
cuentemente llevaba á cabo sorpresas como  
ésta; iba á visitar las escuelas de los pueblos  
anejos en las peores noches de invierno cuan-  
do menos se le esperaba. Su carruaje se había  
acercado sin producir ruido á causa de la  
nieve; había entrado bruscamente en el pa-  
sillo, haciendo señas al portero amedrentado  
de que no se le anunciara, y colgando su im-

permeable en un gancho, estuvo oyendo á  
la puerta unos minutos, el ruido descompa-  
sado que hacían, entrando de pronto de la  
manera teatral que hemos dicho. Su elevada  
figura de oficial veterano con los bigotes y la  
perilla blanca, vestido de negro, con la ropa  
ajustada como un uniforme, inspiraba simpa-  
tía é infundía respeto. En un bolsillo salien-  
te del costado se dibujaban las formas de un  
revólver.

Estaba indignado.

—¿Qué sitio es este?—preguntó encarán-  
dose con la escolaresca, después de haber di-  
cho quién era.—¿De este modo respetáis  
vuestra escuela y á quien os enseña? ¿Sois  
vosotros honrados obreros ó qué sois? No  
puedo creer que sean los hombres los que pro-  
ducen desorden tan escandaloso; pero me  
causa maravilla y sonrojo que lo soporten sin  
enrojecerse de vergüenza, que dejen insultar  
de una manera tan indigna la escuela del  
pueblo.

Luego, volviéndose á la maestra; con acen-  
to severo, sin bajar bastante la voz:

—Y usted, señorita, ¿cómo tolera seme-  
jante conducta? ¿Qué disciplina es ésta? ¡Por  
propia dignidad, ya que no fuera por deber  
de su cargo, no ha debido consentir que se



le falte á usted al respeto hasta ese punto! ¿Pasa esto todas las noches?

La pobre muchacha, en pié delante de su juez, palidísima, quiso mover sus labios para disculparse; pero, su mente se turbó y le faltó la voz; un torrente de lágrimas inundó sus ojos sin poderlas contener; sacó el pañuelo y se puso á llorar como una niña.

—Tranquilícese usted,—le dijo con voz algo más suave el inspector;—esto no le hará reconquistar la autoridad que ha perdido.

Y volviéndose nuevamente á los escolares les dirigió algunas vigorosas palabras, que todos escucharon en silencio con atención fija y llenos de estupor, como si presenciaran una representación teatral, á excepción del socialista Lamagna, que con ostentosa distracción, miraba por la ventana un árbol cargado de nieve iluminado por el farol de la escuela.

Una vez terminada la reprimenda, el Inspector hizo indicación á la maestra para que continuara la lección; reanudó aquélla su tarea, con los ojos encendidos y la voz temblorosa, cuidando él de vigilar con severa mirada á los alumnos. De pronto le preguntó:

—¿Quiénes son los perturbadores habituales?

La maestra los conocía á todos; pero por la bondad de su alma más que por miedo, no pareciéndole acción noble hacer que otro castigara á quien ella no había sabido contener, contestó con voz dulce que parecía sincera:

—Nadie, señor inspector. El desorden de esta noche ha sido una excepción.

Mientras la maestra contestaba en estos términos, los ojos del inspector fueron á fijarse en Muro, atraídos por el contraste que hacía la fiera dura de su fisonomía con el sentimiento que reflejaba en aquel momento, producido al parecer por la respuesta que la maestra había dado, y cuya intención digna y generosa él había también comprendido.

—Está bien—dijo,—espero á usted después de la lección.

Y haciendo una última advertencia á la clase, salió con paso militar.

Los alumnos, temiendo que de improviso apareciera otra vez el personaje, se mantuvieron decorosamente hasta terminar y salieron con orden nunca visto, haciendo sólo un sordo rumor. Mientras presenciaba la salida de los últimos, y antes de acudir á la cita del inspector, la maestra oyó en el camino



la voz ronca y furiosa de Muro-  
ni que gri-  
taba:

—¡Bellacos!

Y otras que apagadas por el copiosísimo  
nevazo que caía, le respondían á lo lejos con  
insultos.



## XXIV

UNIVERSIDAD DE BUCHARIN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
Apto. 1005

Desde aquella noche parecía que en Muro-  
ni crecían juntamente la pasión por ella y el  
odio contra sus enemigos, y que meditase  
desahogar éste, no pudiendo dar satisfacción  
á aquella.

La pasión, sin embargo, se manifestaba de  
un modo enteramente suyo. La maestra no  
vió jamás en su semblante la expresión pro-  
pia del amor y de la benevolencia: su fiso-  
nomía se iba anublando cada vez más, y su  
mirada se hacía más fija y siniestra, como  
si con el sentimiento que ella le inspiraba  
fuese madurando gradualmente en su inte-  
rior el propósito de un delito. Un gran tu-  
multo de ideas y de sentimientos hervía en  
su pequeño cráneo y en su corazón exaspe-  
rado de rebelde á toda ley divina y humana:  
un aburrimiento de sí mismo; un desprecio  
cada vez más intenso y más airado de sus  
iguales; una amarga ambición de ser educa-



do, instruido, bien vestido, rico por un golpe de fortuna ó de audacia, ó por un milagro; una alternativa monstruosa, estando al lado de ella, de concupiscencias violentas, de impulsos piadosos, de ilusiones afectuosas, ó feroces ó lascivas, de repentinos trastornos del ánimo que unas veces le llevaban á insultarla, á golpearla como á una mujer pública, otros le arrastraban á humillarse, á besarle, á lamerle la suela de sus zapatos. Tenía el aire de un hombre estúpido á veces, á veces rabioso y avergonzado por lo que dentro de él ocurría. Mas, cualquiera cosa que pasase en su alma, mantenían inalterables las formas del respeto hacia la maestra.

Antes bien parecía que lo demostraba más visiblemente para hacer nacer la sospecha de una correspondencia disimulada de parte de ella, lo cual habríale dado alimento aparente á su amor propio.

Y así fué, la sospecha surgió entre los escolares, que no cesaban de observar á ambos. Aquel estudio especial que hacía la maestra para no mirarlo casi nunca; y para no darse por advertida del celo iracundo con el cual la protegía, á muchos no les parecía natural, dándose á pensar que fuera un esfuerzo hecho para disimular la simpatía. Por lo de-

más, él era un guapo muchacho, muy conocido por sus conquistas amorosas entre las gentes de su casta; ni sus compañeros podían comprender que lo que principalmente atraía á las mujeres de su clase, su triste fama, era precisamente para la maestra una causa poderosísima de repugnancia, y ni siquiera se hallaban tampoco en grado de comprender bien qué distancia les separaba por razones de educación.

La maestra se penetró claramente de esta sospecha por el hecho imprevisto y ostentoso de volverse todos hacia él ó hacia ella cuando le preguntaba, por las toses afectadas, por los guiños que se cruzaban, por las medias palabras que dejaban escapar, mirándola con ojos maliciosos, aun los más reposados; y tanto llegó á perturbarla esto, que tenía que hacer un esfuerzo poderoso sobre sí misma antes de nombrarle para leer, y preparar el ánimo y los nervios para contener el rubor que le habría subido al rostro si él le hace de improviso una pregunta cualquiera.

Estaba en continua ansiedad temiendo no poder esconder la turbación; porque, á no dudarlo, la escolaresca no la hubiese creído efecto de timidez y de vergüenza por sus sos-



pechas, sino revelación de amor. Por fortuna suya, una noche en que ella temía más, no vino él, y no se presentó en la clase durante varios días.

Una mañana lo vió ella desde la ventana ir de un lado á otro por el prado que está del otro lado del camino, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, como absorto en sus pensamientos. Algunas horas después volvió á verlo allí, sentado en un montón de piedras, con los codos apoyados sobre las rodillas y la barba en los puños, mirando á la escuela, pero á tan larga distancia que no le podía distinguir la cara. Aquella misma tarde, al obscurecer, al pasar por delante de la taberna de *La Gallina*, oyó su ronca y aguardentosa voz en medio de una gritería ensordecedora de jugadores, y á la mañana siguiente el portero la enteró de que después de media noche se habían golpeado ferozmente él y otros guapos de Turín, echándolo á rodar todo, hasta el punto de hacer huir al mismo tabernero. Y con efecto aquella mañana veíanse aún los restos de la contienda sobre la nieve del camino: trozos de corbata, mechones de pelo. Decíase, además, que Muroli estaba en cama herido.

En la mañana del tercer día después de su

primera ausencia, al fin, bajando la Varetti por el camino principal, lo vió en una esquina sentado sobre un tornaruedas, con el sombrero echado hacia atrás, el mechón entre los ojos, las manos en los bolsillos de los pantalones, inmóvil y como mortecino, con la barba sucia del jugo negro que destilaba una colilla de puro, que tenía entre los labios y despechugado como si fuera verano. En una rapidísima mirada que la maestra pudo dirigirle antes de ser vista, vió escritos en su rostro tres días y tres noches de holganza, de altercados, de juego y de borrachera; un embrutecimiento que le oprimió el alma y le hizo estremecerse ante la idea de tener que encontrarse con su mirada. No pudiendo tornar atrás, le ocurrió pasar sin volver la cabeza, pero cuando notó que él la había visto, y que se levantaba, sin atreverse á acercarse, sintió compasión y lo miró.

Estaba blanco; con no poco trabajo logró llevarse la mano al sombrero, que no pudo encontrar en el primer momento y al descubrirse, sin llegar á levantar lá cara, le echó una mirada profunda y prolongada, acompañada de una sonrisa extraña, triste, estúpida, tierna, horrible, que le dió repugnancia y lástima, y la descompuso.



Al día siguiente volvió á la escuela, despejado y limpio, y al volver á ver á la maestra y, más aún, al volver á oír su voz, como si todos los sentimientos que tenía adormecidos hacía tres días revivieran de golpe con mayor vigor, volvió á su actitud de inmóvil y sombría contemplación, con lo cual reanudáronse las bromas y los desórdenes de la gente joven. Por esta vez parecía sin embargo que había cambiado de propósito. Ya no amenazaba: volvíase á mirar ora á uno ora á otro como para tener fijos en la memoria los nombres y los insultos, y en aquel momento su cara fría y tranquila estaba más siniestra é inquietante que cuando amenazaba.

Así siguió dos ó tres noches más. Luego faltó á la escuela otras dos veces. Llegó á oídos de la maestra que había tenido otra riña en una taberna del pueblo con dos campesinos de un pueblo inmediato; habíanse visto manchas de sangre en las escaleras de una ermita. Otra noche reconoció su voz entre las de otros varios que pasaban cantando por el campo que hay detrás de la escuela, alejándose por medio de las tierras; y á la mañana siguiente, apenas se levantó, vióle con extrañeza sentado en el foso del cami-

no, bajo la ventana, con la espalda apoyada en el árbol y la barba caída sobre el pecho, durmiendo sobre el hielo. Volvió luego una noche á la escuela, borracho y adormecido; estuvo inmóvil las dos horas, con los ojos vidriosos, en una especie de estúpida é infantil admiración, mirándose el traje nuevo color café que llevaba. Al final de la clase sufrió una fuerte sacudida y se puso furibundo contra un muchacho que había arrojado una piel de rata á la plataforma á los pies de la maestra.

Á la salida oyó ésta un gran tumulto, enterándose á la mañana siguiente que había molido á cachetes y patadas al chico.

Desapareció por otros dos días, y dijose que había sido detenido.





## XXV

No era cierto; pero hacía veinticuatro horas que nadie sabía de él, suponiéndose que había ido á Turín. La Varetti, lo supo una mañana por su misma madre, que vino á verla toda llorosa, en un estado de agitación febril, y con un semblante que parecía la imagen del espanto.

—¡Ah! señora maestra —exclamó al entrar en el cuarto,—¿dónde estará mi hijo, no se sabe de él! ¿Qué le habrá ocurrido! ¿Cómo podré yo soportar esta vida, Dios de misericordia, aquel hijo que parecía ya corregido!

Y se cubrió la cara con sus manos, diciendo que creía que se volvería loco, que no había ya manera de traerle á buen camino, que la había amenazado con un martillo.

—Dígame, señora maestra —le preguntó con voz acongojada,—¿ha tenido enemistades con los compañeros de la escuela, no es

verdad? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienen contra él?

La pobre mujer por la noche, á la hora de la salida, venía á escondidas, á apostarse detrás de los árboles del camino, y varias veces había oído proferir amenazas y fraguar propósitos de venganza contra su hijo. La maestra, por compasión, creyó que debía decirle que no sabía nada, y trató de tranquilizarla; pero no encontraba palabra; la perturbaba una cierta expresión que creía notar en los ojos de la mujer, suplicante é investigadora á la vez, que nunca había advertido.

Ésta reanudó sus exclamaciones repitiendo:

—¡Ay, señora, el corazón me dice que va á ocurrir alguna desgracia! ¡Santó Dios, sólo el pensar que voy á verlo entrar una noche en casa con una puñalada, me destroza el alma y me hace perder la razón!

Y en el sobresalto del dolor que tal pensamiento le producía, halló valor para abrir toda su alma.

—Yo había tenido ya la sospecha —dijo en voz baja, cogiéndole una mano á la maestra, sin atreverse á mirarle á la cara,— ya lo había yo pensado, que todo reconocía



por causa una simpatía; y no me había engañado...

Y de repente juntando sus manos, con acento ardiente de súplica:

— ¡Oh! señorita — murmuró mirándola atentamente en los ojos, — si usted tuviera la caridad de decirle alguna buena palabra, una buena palabra solamente...

Pero se quedó como cortada con la mirada severa que le dirigió la maestra.

— ¿Qué quieren decir semejantes historias? — le preguntó la muchacha encendida de rubor. — ¿Qué papel es el que ahora estáis haciendo?

La pobre mujer rompió á llorar.

— ¡Ah! es cierto — dijo — perdóneme, señorita... ¡perdone á una pobre madre que ni sabe lo que dice!

Y cogiéndole las manos las besó con una efusión de cariño tan humilde y dolorosa, que la maestra, conmovida, puso su mano derecha sobre la cabeza blanca de la pobre mujer con ademán compasivo, diciéndole:

— Tened valor. No ocurrirá nada. Yo veré... haré algo.

— ¡Dios la bendiga! — respondió la vieja levantando el rostro. — ¡Dios la bendiga! A veces, una sola palabra... ¡que no haga mo-

rir de desesperación á su madre, que ha sufrido tanto; que no se exponga á un riesgo peligroso, por lástima á mis últimos años; que salve su alma!

Al salir, otra vez el terrible presentimiento se apoderó de ella.

— ¡Tengo miedo de que lo maten! — exclamó echándose á llorar. — ¡Me dice el corazón que va á concluir mal, tengo miedo de que lo asesinen! ¡Que Dios nos tenga de su mano!

Y ya en la puerta, retrocedió impetuosamente para besar la mano á la maestra. Luego se fué tapándose la cara con la mano.

